

De madres e hijas

Un diálogo abierto sobre los vínculos

Historias de vida

Julieta Imberti / Paula Herrera

De madres e hijas

Un diálogo abierto
sobre los vínculos

 **Lugar**
Editorial

Julieta Imberti

De madres e hijas : un diálogo abierto sobre los vínculos
/ Julieta Imberti y Paula Herrera. - 1a ed. - Buenos Aires : Lugar
Editorial, 2013.

160 p. : il. ; 23x16 cm.

ISBN 978-950-892-421-6

1. Familia. 2. Vínculos. 3. Relaciones Interpersonales.

I. Herrera, Paula II. Título.

CDD 158.2

Diseño de tapa: Cecilia O'Neil

Ilustraciones de interior y tapa: Julieta Imberti

Corrección: Mónica Erlich

Nueva edición corregida y ampliada

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, en forma
idéntica o modificada y por cualquier medio o procedimiento, sea mecánico,
informático, de grabación o fotocopia, sin autorización de los editores.

ISBN: 978-950-892-421-6

© 2013 Lugar Editorial S. A.

Castro Barros 1754 (C1237ABN) Buenos Aires

Tel/Fax: (54-11) 4921-5174 / (54-11) 4924-1555

E-mail: lugar@lugareditorial.com.ar / info@lugareditorial.com.ar

www.lugareditorial.com.ar

facebook.com/lugareditorial

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina – Printed in Argentina

*No hay que buscar el dolor.
Pero cuando irrumpe en el alma,
nunca hay que desaprovecharlo.*

Rudolf Steiner

*La relación entre dos mujeres siempre
será un misterio para los hombres.*

Alejandro Cácharo

Una carta,
un conflicto,
opiniones



Mi querida mamá:

Estoy en el medio del bosque, oliendo un pan que puse en el horno de barro.

En el fondo se escucha el mar, y yo me dispongo a escribirte con todo el amor y respeto que siento por vos. Es mi intención que nos entendamos, que aprendamos a no pelear. Llevo treinta y cuatro años siendo tu hija, tenés asegurado mi amor y ese lugar único que solo vos y yo compartimos.

La verdad es que me duele mucho cuando me hablás como el otro día en el Tigre, o como cuando viniste el año pasado a La Paloma para mi cumpleaños. No entiendo por qué te ponés así y por qué necesitás decir cosas que duelen tanto. Estuve pidiendo ayuda y conversándolo con otras personas, madres mayores más que nada, para poder comprender. Parecerían que fueran cadenas de historias que se van repitiendo de madres a hijas, de generación en generación, frustraciones que se proyectan, descargas de algo que siempre se repite en el mismo lugar.

Te invito a que recuerdes cómo eran tus treinta años, dónde ponías tu amor, tu tiempo, tu energía. ¿Cómo te veía tu mamá?, ¿cómo sería la Nona Ada a los treinta?, ¿cómo la vería su madre?

Es mi intención tomar conciencia de esto y cortar esta cadena de repeticiones.

Al menos esto me lo propongo: cortarla aquí. Y si querés podés ayudarme; lo hacemos juntas.

Yo te quiero, disfruto muchísimo con vos y te agradezco todos los días que me hayas regado con tanto amor y que me hayas hecho un ser libre que puede elegir cómo vivir. Realmente me siento privilegiada de los padres que tuve y tengo. Y, es precisamente por eso que no me gusta que me digan cómo tengo que tener la casa, ni lo que tendría que hacer Gustavo en su tiempo libre, ni los estantes que tendría que colocar. ¡Claro que me gustaría una cocina más grande y un baño más luminoso! Pero es lo que tengo hoy, y soy feliz con eso porque vivo con muchísimo amor. Hay amor en mi pareja, en mi familia, con mis amigos, en mi trabajo, en mis sueños.

Vine a esta vida a aprender a amar.

Tengo amigos de los más variados, que van de los quince a los ochenta años; que viven en mansiones de Carrasco hasta en el campo, pasando por ranchos sin luz y departamentos en las ciudades. Unos necesitan limpiar las persianas con un pincel, otros necesitan trabajar todo el día fuera de la casa, otros ven más importante cuidar el jardín que limpiar el horno... Pero todos, todos, tienen atrás de eso un tesoro. Todos somos seres queribles.

Cuando venís te recibimos con muchísimo amor y compartimos con vos cosas y ritos que son parte de nuestra vida. Y si vos no podés trascender que la casa no sea como a vos te gustaría, es realmente una pena porque yo disfruto muchísimo con vos y me encanta que vengas.

Te sugiero que lo compartas con otras personas, porque así el tema pierde estrechez en la mirada y se entiende mejor.

Sinceramente creo que lo que más te hace doler el alma es que yo esté lejos, que esté formando mi familia en otro lugar. Si es así, habría que buscar otra manera de expresarlo, algo que nos una en vez de alejarnos.

Ojalá todo esto nos sirva para aprender cosas vitales, que nos hagan crecer.

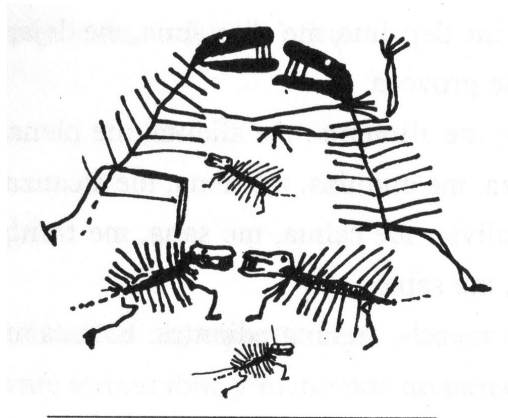
Te quiero siempre.

Paula

Que el pacto sea perdonarnos y aceptarnos como somos.

Me alegra, me alimenta, me piensa, me alienta, me acompaña, me vitaliza, me endulza, me llena, me alcanza, me eleva, me divierte, me alivia, me calma, me sana, me tranquiliza, me nutre, me salva, me sabe.

Esta es su mezcla, sus ingredientes. Esta es mi mamá.



Relatos de vida de Julieta y de Paula



Después de esta aventura vivida, de este libro que es un encuentro con los sentimientos y las palabras, nos parece importante contar algo de nuestras vidas

La vida de las personas no lo explica todo porque está la magia de lo imponderable, pero conocer algunos hechos ilumina los actos.

Probablemente el conflicto que originó este libro, las opiniones y los relatos que siguen nos dejan muy desnudas. Pero tal vez valga la pena cuando puede servir a otras personas.

Vida rigurosa

Soy Julieta Imberti. Nací en 1941.

Mi infancia tiene gusto a flores y a radichetas amargas. La evoco y es puro presente, como si la estuviera viviendo ahora. Me veo jugando en el patio, acompañada de 220 pajaritos en sus jaulones inmensos. La heladera no está en la cocina sino afuera, debajo de un pequeño techo. Es de madera y tiene adentro una barra de hielo. O sea, estamos hablando del 40 y pico, faltan unos pocos años para que podamos conocer las heladeras eléctricas.

Mis padres eran italianos, con un gran sentido del deber, y autoritarios. Mi padre era esencialmente juguetero, pero el trabajo estaba primero. Venir de la guerra marcaba profundamente a las personas.

Mi madre mandaba sobre mi ropa, el orden, lo que no se podía hacer en la casa. Había paseos rigurosamente controlados, por ejemplo ir a Buenos Aires. Yo llevaba guantes blancos y al volver debía enseñarle que seguían estando impecables, como si no los hubiera usado. Esta prueba era para mí imposible de

pasar. ¿Cómo no tocar las barandas de las escaleras cuando ella no me miraba?

Vivía castigada. Es el día de hoy que toco todo, hasta los cuadros de los museos, sus texturas.

Mi padre mandaba sobre las horas de juego: cuándo se podía jugar y cuándo había que trabajar. No estaba bien jugar si antes no se había trabajado en algo, no importaba en qué.

Los dos enfatizaban el orden, la prolijidad, la limpieza, el deber, el esfuerzo. Un poco de sufrimiento no estaba mal para templarse en la vida.

Otros pantallazos que se hacen presentes son las visitas semanales al cementerio y mi padre que me deja jugar entre las tumbas. Gracias papá, porque esto me amigó con la muerte. Gracias por el sentido del humor, por tu curiosidad, por juntar frasquitos de todo tipo, por pararte en la ruta para recoger chauchas de algarroba y chuparlas como si fueran una golosina preciosa.

Mi madre tendría unos 30 años. Siempre bella, sombreros con tul para semicubrir el rostro y las ropas más elegantes del mundo. Hablaba de princesas reales y miraba en las revistas fotos de reinas y consortes.

En la adolescencia descubro algo terrible: mi madre no ama a mi padre. Creo que no lo quiso nunca. Encontré unas cartas de amor de cuando estaban de novios, donde ya se ve que van camino a un casamiento por conveniencia. Una lástima, porque mi padre sí que la quería con locura.

Pero yo no puedo ocuparme de ellos, necesito usar todo el tiempo en salir con chicos, mirarlos, bailar, darnos besos, hablar con las amigas, estudiar, crecer...

La búsqueda del amor

A los 18 años les comunico a mis padres que un profesor de pintura nos llevará camino al altiplano para conocer el arte precolombino. Hablo con el profesor Ferrari, lo convengo para que les cuente a mis padres ese viaje y que lo haga con tal seriedad que le crean y no descubran que es pura aventura adolescente. Salgo en un micro para disimular, pero ni bien puedo me bajo y sigo a dedo hasta Bolivia a donde llego a los tres meses. Estoy deslumbrada. Es un viaje de descubrimiento interior que marcará mi vida para siempre.

Marina V., una chica a la que parieron los cerros de Purmarca, me dijo al despedirme: “Amá mucho Julieta, amá mucho...”.

Es difícil hablar de cuándo se descubre el amor. Es un tema en el cual yo fui muy precoz. Recuerdo el primer beso en la boca a los 8 años. La primera carta de amor a los 9. Finalmente todos los amores se agrupan como cuentas de collar y uno no sabe cuándo empieza el amor y cuándo termina, porque forman una sola hebra.

Me cuesta descubrir si me casé con Norman porque lo amaba o porque era mi mejor amigo y lo quería mucho; me daba toda la libertad que una mujer puede soñar. Sea como sea, fue un hombre importante para mí. Lo conocí en un tren; como todos mis afectos importantes, obra del azar o la sincronía, no sé.

Paula fue una hija deseada y muy querida.

Mi madre venía a mi casa los días miércoles y siempre peleábamos. Ella me preguntaba cosas tales como “si estás en el medio del mar y se están ahogando tu hija y tu marido ¿a quién salvarías?”. Como yo le respondía que a los dos, ella se enfurecía porque la respuesta esperada era “a mi hija”. Acto seguido la arremetía con el orden diciendo que mi casa era un desastre, el ropero desordenado, la cocina toda sucia, el lavadero mejor no hablar, la ropa de Paula manchada y descosida... Yo no veía nada de lo que ella decía.

Pero los miércoles por la noche, cuando Norman venía de trabajar preguntaba “hoy ¿quién hizo llorar a quién?”

Me miraba y tenía la respuesta: si mis ojos estaban llorosos, mamá se había ido triunfal. Si estaban brillantes como los de una hiena, mi madre partió llorando. Esto fue así durante años.

Un mundo de utopías y oscuridades

Yo aborrecía las injusticias, tenía utopías, creía firmemente que un mundo mejor era posible y aún lo creo. Como estudiante universitaria estaba presente en las manifestaciones y por entonces todas ellas terminaban con represión. Palos, tiros, golpes, presos.

Paula era pequeña y miraba los noticieros para ver si en alguna se habrían llevado a su madre.

Yo quería prepararla por si esto ocurría. Entonces inventé un juego: yo era la señora Gorriti y ella la señora Pablucci.

–Sabe una cosa señora Pablucci –le decía yo–, tengo una hija en la universidad que va a las marchas y la vez pasada la llevaron los policías pero no le pasó nada. Al tiempo volvió a casa lo más bien.

–Sabe una cosa señora Gorriti –decía Paula–, yo tengo una hija que va a una universidad donde nunca, pero nunca hay policías. Mire señora, no existen los policías en donde vive mi hija.

Y aquí terminaba el juego, porque a mi se me cerraba la garganta y ya no podía hablar más.

Estas escenas se repitieron cada vez con menos frecuencia hasta que no se sabe cuándo ni cómo cesaron o terminaron en puntos suspensivos.

Mientras tanto Paula cobró la indemnización por la muerte de su padre y se hizo una bella casa frente al mar.

En 1964, frente a ese mismo mar en una habitación de hotel, Paula fue concebida.

Y cabe preguntarse: ¿Quién ata los hilos de estas historias?

¿Quién hace los nudos, marca las coincidencias, los caminos entrecruzados, las coordenadas, los escenarios que se repiten en diferentes tramos de la obra humana?

Podríamos comparar la vida con una orquesta. Al comienzo los instrumentos se prueban con estridencia. Luego, al iniciar el concierto los sonidos se entrecruzan armoniosamente. A veces, para hacer un contrapunto, otras para acompañarse en tonos diferentes. La música como la vida está llenas de posibilidades.

Mi nieta Ailín, desde los primeros años, pregunta repetidamente cómo ha muerto su abuelo. Parece que Paula algo le contó, porque el otro día estaba jugando con su amiga Ema y le dijo:

–A mi abuelo lo mataron, al padre de mi madre.

–¿Y quién lo mató? –preguntó su amiga.

–Unos que matan a los que no piensan como ellos. Pero eso no pasa todos los días, porque si no, ¡¡¡el mundo estaría sin señores!!!

De esta manera, el horror de los horrores de las muertes injustas, fueron conjuradas en un juego infantil.

Y el drama se transformó en risa por un rato.

Julieta I.

Epílogo



Hace trece años, sentada en una casita del bosque, escribí una carta a mano con lapicera de tinta. Ahora también tengo un pan en el horno, aunque la cocina es a gas y frente a mi ventana tengo al mar en lugar del bosque. Estoy escribiendo en una computadora. ¡Cuántas cosas han pasado desde entonces! La esencia sigue siendo la misma; pero otras, como la vida, están en permanente cambio.

En aquella oportunidad, me encontraba frente a un estímulo conocido: las críticas de mi madre ante mi forma de vivir. Conocía su estilo, su forma de opinar sobre mi vida. Y también conocía muy bien mis repetidas respuestas: enojo, distancia, defensas de todo tipo que me encerraban en un callejón sin salida.

Pero aquella vez, algo sucedió que pude escuchar un susurro más profundo y elegí abrir una puerta nueva.

Entonces pedí ayuda y escribí una carta, y de esa carta devinieron tantas sorpresas, caminos de sanación, encuentros y hasta este libro que hoy está en tus manos.

Algo en la cadena invisible de las generaciones se desató en ese momento, y al poco tiempo dejé de ser solo hija, para entrar en el escenario de también ser madre.

Hoy Ailín tiene 13 años. Es un ser muy fuerte, sabe bien lo que quiere y lo que no. Es dulce y cariñosa, niña y madura a la vez. De repente, parece que de un día para el otro hemos atravesado el ciclo de la niñez, pero la verdad es que tuvo sus bemoles, distintas etapas, bellezas y sinsabores. Yo ya no soy la mujer que escribió esa carta, ni la madre primeriza que no sabía qué hacer con una hija tan aparentemente difícil. ¿Qué pasó con las cadenas de repeticiones? ¿Pudimos cambiar?

Creo en que el universo conspiró para que se ordenaran cuestiones bien importantes y así quedara el terreno pronto para las próximas enseñanzas y aprendizajes.

Sin duda el camino de crecimiento nunca termina, y si en aquella oportunidad pudimos reparar muchas cosas, eso no me garantiza una crianza sin sobre saltos, ¡para nada!

Respecto a las famosas cadenas, tenemos una anécdota que me gusta mucho. Una mañana, Ailín tendría 5 o 6 años, la reté horriblemente porque tenía su camiseta toda manchada. Y en un ataque de furia, con un mensaje que venía del más allá le grité: “¡Lo importante es estar limpia!”. Ella se fue llorando a su cuarto. Al rato me calmé y fui a decirle que de verdad sentía mucho lo sucedido. Mi hija levantó su carita acongojada, reparó en mi pantalón, que también era un muestrario de manchas y nos empezamos a reír mucho, poniendo un cierre a antiguos mandatos de pulcritudes.

Con esa experiencia algo se sanó para dar un paso más en lo profundo, y ver en mi hija un espejo: cada cosa que observaba en ella, yo también lo hacía de alguna manera, y no me quedaban más que dos opciones, sufrirlo o reconocerlo.

En verdad, Ailín es una maestra implacable y al menos durante la infancia, parte de su misión fue poner el dedo donde más duele, donde incomoda. Así fue conmigo y con muchos adultos. Y agradezco que cada vez que quise mandarla a terapia, terminé yendo yo, comprobando que los niños muchas veces vienen a denunciar, a mostrar situaciones que deben trabajar sus padres.

Hay otra anécdota que también quiero compartir. Ailín tendría 8 años. Estaba mi madre pasando unos días con nosotras. Ese día, mi hija había llamado la atención especialmente. Cuando llegó la noche, yo ya estaba cansada y le pedí que se fuera a dormir. Tenía ganas de quedarme conversando con mi madre, ya que se iba al día siguiente.

Ailín no quería saber nada con irse a dormir. Se puso muy caprichosa, generando en mí los peores estados. Intenté persuadirla de todas las maneras, y cuando se agotaron las buenas, seguí con las otras. Desde mis lugares oscuros le grité, la amenacé, me puse furiosa... Nada. Para peor, mi madre estaba presente, siendo testigo de esa situación. Ella leía tranquila un libro. Finalmente, no sé qué negociación hicimos y Ailín aceptó con la condición de volver a la cocina a buscar agua. Y ahí se plantó con sus brazos en jarra y dijo: “¡No voy nada a dormir!”. Por un segundo, hubiera querido agarrarla de los pelos y llevarla

Índice

Una carta, un conflicto, opiniones.....	9
Otras mujeres, otras historias.....	75
Relatos de vida de Julieta y de Paula	107
La reparación	137
El paso del tiempo	141
Epílogo.....	147
Agradecimientos.....	155



